

DURKHEIM Y SIMMEL, ¿LAS DOS VÍAS DE LA SOCIOLOGÍA? Una nota en el 150 aniversario de su nacimiento

DURKHEIM AND SIMMEL, TWO SOCIOLOGICAL WAYS?

A note in the 150th anniversary of their birth

SALVADOR GINER

Instituto de Estudios Catalanes. Barcelona

sginer@iec.cat

RESUMEN

Se celebra este año el 150 aniversario del nacimiento de Simmel y Durkheim, quienes representan aparentemente dos formas opuestas de hacer sociología, así como dos concepciones de la sociedad. Precisamente por eso, la obra de ambos autores invita al contraste y la comparación. Aunque sigue siendo obvio que el estilo, los hallazgos, los métodos y las cuestiones por las que se interesaron Simmel y Durkheim son diferentes, existen notables coincidencias y cierto grado de convergencia en sus enfoques. Este ensayo conmemorativo trata de identificar esos elementos y de mostrar en especial cómo se puede –se debe incluso– integrar a ambos pensadores clásicos en el acervo sobre el que se desarrolla y avanza la sociología contemporánea.

PALABRAS CLAVE ADICIONALES

Método sociológico, Sociología clásica, Sociología comparada, Teoría sociológica.

SUMMARY

Simmel and Durkheim, whose 150 anniversary of their births we celebrate this year, represent apparently two opposing modes of doing sociology, and two conceptions of society. Precisely for that reason, they invite contrast and comparison. Though differences between Simmel and Durkheim in style, findings, method and subject matter remain obvious, there are also considerable coincidences and a substantial degree of convergence in their approach. This commemorative essay attempts to identify these elements and to show how both classical thinkers can, indeed must, be integrated into the common ground upon which contemporary sociology thrives and advances.

ADDITIONAL KEYWORDS

Classical Sociology, Comparative Sociology, Sociological Method, Sociological Theory.

La conmemoración del siglo y medio del nacimiento de Georg Simmel y Émile Durkheim es un buen pretexto para contrastar ambas concepciones de la sociología¹. Sus trabajos y sus días les condujeron por sendas nitidamente opuestas y divergentes, por lo menos en apariencia. Esos dos coetáneos invitan, tal vez como nadie en toda la historia de la sociología, a la comparación, al contraste y a la confrontación analítica.

Ambos pensadores coincidirían, sin embargo, en ver en el pretexto conmemorativo una inclinación sospechosa, no del todo ajena a la magia pitagórica, a atribuir a un mero número razón suficiente para el recuerdo. No en vano ambos dejaron notables observaciones sobre el significado del número y la cantidad en el tiempo humano, incluido el de los números redondos².

Por lo menos desde el fin de la Gran Guerra, en 1918, la propia lógica científica exigía comparar y confrontar sus dos modos de hacer sociología. Por lo pronto, sus sociologías son obvia y convenientemente contrastables entre sí. Tradicionalmente, y por razones más pedagógicas, y hasta ideológicas, que otra cosa, el contraste solía realizarse entre Marx y Weber. Mas es fácil sostener que la comparación entre Simmel y Durkheim es científicamente más fructífera y aleccionadora. Las suyas, además, son dos vías de abordaje diametralmente distintas para entender y explicar la vida social. Es como si, por feliz casualidad, hubieran nacido en el mismo año de 1858 los dos hombres destinados a concebir los dos modos opuestos y principales de acercarse a la realidad y a la condición humana dentro de esa empresa científica pero también moral e intelectual a la que llamamos sociología. Fallecieron, también, sólo a diez meses de diferencia el uno del otro.

Es perdonable caer presa del elegante encanto de la obvia confrontación Simmel/Durkheim, siempre que no olvidemos el sustrato común, más anchuroso, de toda la sociología tal y como se consolidó en la época clásica, así como de su *estructura latente* por todos sus cultivadores compartida³. Hacer de la confrontación analítica sistemática entre la obra de Simmel y la de Durkheim el eje único sobre el que se apoyan los dos

¹ El presente texto es una reelaboración del presentado en un coloquio internacional en el Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad de Lisboa en julio de 2008. Mi mayor agradecimiento al profesor José Luis García, como organizador e inspirador del seminario y a los demás participantes, algunas de cuyas opiniones se ven aquí reflejadas.

² Cf. las observaciones de Simmel sobre el Consejo de Ciento barcelonés, que podía contener más o menos miembros que los de la centena (Wolff, 1950: 87-117)

³ El esfuerzo por sistematizar las diversas concepciones y teorías de la generación fundacional en un conjunto de aportaciones compartidas ha engendrado una verdadera corriente dentro de la sociología, a partir de la primera gran síntesis de Talcott Parsons en *The Structure of Social Action*, en 1937. Para mi propia síntesis, cf. Giner (1974), en el que desarrollé la noción de *estructura latente*.

presuntos modos de hacer sociología es una tentación que hay que eludir. Sin exagerar indebidamente las coincidencias, ni incrustar nunca en el lecho de Procusto todas las aportaciones de la generación de Simmel y Durkheim, algunos tradicionalistas irredentos, nos hemos esforzado por ir más allá del establecimiento de un canon clásico, por demostrar un acervo común de formulaciones, enfoques, epistemología, modos de entender y, naturalmente, hallazgos objetivos, que constituyen el universo científico de toda sociología, hasta hoy. Además de nuestros dos sabios, en el número de los fundadores se hallan en pie de igualdad también Marx, Tönnies, Weber y Pareto. Aunque los seis no formen un *numerus clausus*, ni pertenezcan todos a una misma y sola generación en el sentido cronológico de la palabra, nada hay de inconveniente en contemplarlos juntos. Otros, coetáneos también, cabrían en la agrupación, mientras algunos, muy anteriores –Montesquieu, Tocqueville– más otros posteriores –Mannheim, pero ciertamente alguien de tan reciente desaparición como Elias– podrían unirse a ellos sin forzar indebidamente el elenco canónico. Aunque este tiene un límite. Lo clásico es vasto en su alcance. Precisamente por ello su demarcación es necesaria.

Desde una perspectiva rigurosa, pues, debe favorecerse la visión integrada de la aportación de la “generación” fundacional, la que formuló “las reglas del método sociológico” para decirlo remedando el título de la única aportación de Durkheim que se nos antoja herida de algún error fatal. (Aunque sintamos por ella toda la reverencia que merece su fallido *tour de force*.) A pesar de ello no me sorprendería que alguien, uno de estos días, viniera a rescatar la única obra maldita de Durkheim, aunque no en nombre del positivismo vulgar que banaliza cuanto toca, sino de un positivismo reflexivo y filosóficamente exigente, merecedor del mayor respeto por parte de quienes no comulgan con esa convicción. La complejidad de lo que Durkheim entiende en *Las reglas del método* como *fait social* no merece el tratamiento condescendiente con que algunos antipositivismas retóricos tratan esa obra fundamental.

La visión integradora, al incluir a Marx, Tönnies y Simmel, entre algún otro, debe salvarnos de la rutinaria consagración de Marx, Durkheim y Weber como la tríada fundacional. Una consagración cuyas razones didácticas –recién evocadas– a nadie escapan, pero que es, que ha sido siempre, epistemológicamente insostenible.

Estas observaciones, si son ciertas, nos curan contra la fuerte tentación de sostener que hay dos vías maestras en la sociología, y que sus nombres son Durkheim, por un lado, y Simmel por otro. Las demás sendas, con todo y ser crucialmente importantes, entrañarían desviaciones cualificadas de estas dos. Privilegiar la vía de Durkheim como la naturalmente opuesta a la de Simmel, o a la inversa, y ver a las demás como de algún modo, mezclas suyas, o desviaciones, será tal vez estéticamente satisfactorio, pero científicamente desaconsejable. Hay muchos modos de ensamblar aportaciones diversas u opuestas en ciencia social. Así, contra lo que han pensado siempre la ortodoxia interpretativa, Marx y Pareto coinciden entre sí del modo más escandaloso: ambos eran positivistas de estricta obediencia y los dos elaboraron explicaciones altamente satisfactorias sobre la desigualdad social, más coincidentes de lo aparente. No son sólo complementarias. Que el uno creyera en el progreso irremisible de la humanidad y el

otro no, les dividió para siempre en aquellas mentes que en estos asuntos son cautivas de la ideología en detrimento del conocimiento objetivo.

Valga todo esto para prevenirnos contra la deliciosa tentación de entender a Durkheim y a Simmel como *las* dos vías alternativas de hacer sociología. Cada una está en un extremo opuesto, aunque sólo en apariencia, de cuantas conformaron no sólo el canon, sino la estructura latente de la sociología clásica, bajo cuya sombra ha ido progresando toda la sociología posterior, hasta hoy, y en cuyo ámbito nos movemos y nos moveremos hasta que surja, de veras, una visión alternativa genuina. No sé si entonces –si llega el día- la disciplina seguirá existiendo aún como gran proyecto intelectual, o si se llamará otra cosa, pero ahí estamos. Y no estamos solos. Así, a pesar de la econometría –inventada por el sociólogo Vilfredo Pareto- los economistas viven felizmente a la sombra de su propia tradición, la elaborada por Adam Smith y David Ricardo, con sus seguidores, así como por toda una corriente, que va de John Stuart Mill a Schumpeter y de éste a Keynes, que no es menos sólida que la nuestra. Su gremio tiene también su canon, o mejor, su estructura latente de conocimientos y concepciones del mundo, su fundamento compartido, elaborado en la misma época. Una estructura latente que tiene mucho de común con la nuestra⁴.

Sin defender pues la polaridad Simmel/Durkheim como la única ni la más crucial de nuestra disciplina, y evitando toda tentación excesivamente esteticista, sí querría sostener su incomparable atractivo para entender la naturaleza de la empresa sociológica. Además de obviamente científica la polaridad es también estética. La dimensión estética, obvia y explícita en Simmel, pero no menos intensa en Durkheim, es una razón más para contemplarlos juntos (Nisbet, 1976).

II

No faltan quienes ven el núcleo de la diferencia entre Durkheim y Simmel en el espíritu sistemático del uno y en el ensayístico del otro, o en el positivismo del primero y el vitalismo del segundo, entre otros criterios elementales⁵.

Sostengo, empero, que lo decisivo (y cautivador) del contraste estriba, fundamentalmente, en Kant. Simplificando el argumento, Georg Simmel es un pensador neokantiano, para quien el ser humano conoce el mundo, en el que se incluye su mundo social, según un conjunto de categorías apriorísticas, propias de su mente. (Inscritas en sus genes, diríase hoy.) No sólo el tiempo y el espacio nos vienen dados, sino también otros filtros que, sin multiplicarse *ad infinitum* en ningún caso, nos permiten ordenar el universo

⁴ Como demostró Talcott Parsons al introducir a Marshall en su esquema sobre la acción social. Sobre los elementos compartidos por Simmel con la economía política clásica, cf Vara. (2004).

⁵ Son interesantes las dicotomías al respecto presentadas por (Waizbord, 2006: 37-38).

sin que nos los inculque el proceso de socialización. Éste, de inmensa importancia también para Simmel, pasa primero por la criba del cedazo cognoscitivo de nuestras capacidades y disposiciones innatas. Esta postura, perfectamente sostenible hoy en día, ha encontrado en disciplinas como la lingüística contemporánea o la sociobiología, una postrera reivindicación. Simmel nunca tiene reparos en apelar a la mentalidad y a las pasiones del hombre para explicar la conducta y sus resultados: la estructura económica por ejemplo⁶.

Si Simmel va, por así decirlo, del individuo a la sociedad, Durkheim, va de la sociedad al individuo. El apriorismo kantiano no encuentra comprensión alguna en la sociología de Durkheim. Sin descartar nunca la importancia de Kant –el poder de la mente para ordenar la experiencia inmediata- Durkheim afirma que sus *répresentations collectives* son el modo social de producción de conceptos. Las categorías kantianas son en Durkheim categorías sociales, debidamente interiorizadas por el hombre. No sólo Dios es creación de la sociedad según Durkheim. La sociedad es también Dios, el demiurgo que produce conceptos, categorías, taxonomías, lo bueno, lo malo, el ser y el deber ser. Su solución sociológica de la aporía de Hume (la imposibilidad lógica de pasar del ser al deber ser) se nos antoja bastante satisfactoria.

La diferencia, pues, es Kant. Introducirlo en la epistemología sociológica, como hace Simmel, representa ir de la conciencia a la interacción, y de ésta a la estructura. Cerrarle la entrada, significa ir de la estructura a la interacción, y de ésta a la conciencia humana. Son sendas abiertas y hasta escandalosamente contrarias. (Por eso, por ejemplo, donde Simmel habla de religiosidad, Durkheim habla de religión, de estructuras o formas –no siempre tan elementales, por cierto- de la religión.) La cuestión que inmediatamente aflora, es ésta: ¿pueden pertenecer a una sola y común disciplina visiones tan opuestas de la realidad? ¿No estará empleando cada uno un sustantivo para indicar fenómenos y disciplinas diversas? ¿No estaremos perdiendo un tiempo precioso en discusiones peores que las bizantinas?

Sorprendentemente, no es así. Por caminos contrarios, Simmel y Durkheim alcanzaron conclusiones no sólo semejantes, sino frecuentemente idénticas. La célebre definición durkheimiana de los fenómenos sociales *comme des choses*, como cosas, como fenómenos que poseen su contundencia y solidez, con los que tenemos que habérnoslas en la vida sin mayor apelación que la de lo ineludible, halla algo más que un eco en el argumento nuclear simmeliano sobre la objetivización o reificación de la conducta humana, a través de su interacción constante, en algo sólido y ajeno⁷. Algo con lo que, como en Durkheim, tenemos que habérnoslas al vivir y hasta para vivir. Tengo para mí que un ensayo tan fundamental de Simmel como *La tragedia de la cultura* podría

⁶ Cf. su apelación a deseos de emulación, o de llevar la contraria, o de mostrar la propia fuerza, en su análisis del valor del dinero. Véase Simmel (1991: 87) y en muchos otros lugares.

⁷ Si bien Simmel va más allá en su teoría de la reificación, en su análisis de la tecnología, como muestra García (2007).

haber sido suscrito por Durkheim en todas y cada una de sus conclusiones. Hasta, tal vez, en su misma argumentación, aunque no, naturalmente, en su estilo.

Quiero ir más lejos. Tanto en *El suicidio* como en el segundo prefacio a la *División social del trabajo*, Durkheim ha dejado páginas imperecederas sobre las condiciones contradictorias de la modernidad, las confusiones y dislocaciones que engendra. ¿No son las mismas en alcance y perspicacia que las que propone Simmel en su *Filosofía del Dinero*? ¿No estamos ante dos senderos que conducen a un mismo lugar? ¿Acaso no hay una teoría general de la evolución de la civilización humana en Durkheim, en *La División*, y otra en Simmel, en la *Filosofía del Dinero*, que conducen a conclusiones como mínimo compatibles y a menudo coincidentes? (Ciertamente no son los únicos, puesto que Marx y con mayor fuerza, Tönnies, también lo hicieron, pero ahora nos circunscribimos a nuestros dos autores).

Más que divergentes, las dos sendas son singladuras frecuentemente convergentes que, desde supuestos distintos, alcanzan a menudo un mismo puerto.

Conviene, eso sí, no exagerar esta noción. Algún sociólogo ha intentado llevar su argumentación al extremo de reivindicar para el individualismo metodológico al mismo Durkheim (Boudon, 1995) y aunque lo ha hecho con habilidad, queda siempre la falta de convencimiento de que podamos atribuir al padre de todo el estructuralismo y del holismo sociológicos, Emile Durkheim, una reducción al individualismo metodológico semejante a las que con tanta facilidad atribuimos a Weber (cuando con cierta incongruencia no actúa como positivista de conveniencia) o, naturalmente, a Simmel. Este último por su parte, no hace sino reconocer los modos en que los incesantes procesos de sociación (*Vergesellschaftung*) van cristalizando en estructuras que, a su vez, nuevos procesos socavan y hasta destruyen.

Constataciones como éstas obligan a revisar toda noción de que nos hallamos ante dos visiones alternativas o hasta incompatibles de la sociología. Comprenderemos así que todo tópico según el cual el sociólogo germano es uno de los pensadores clásicos de la teoría del conflicto social así como uno de los padres fundadores del enfoque conflictivista en sociología -lo cual es indudable- mientras que Durkheim, en contraste con él, está en el origen del estructuralismo armónico -algo no menos cierto- constituye una caricatura de la complejidad de sus aportaciones respectivas. Para empezar, en Durkheim hay -no sólo en su teoría de la anomía- una teoría explicativa y convincente también del conflicto social (Cherkaoui, 2008: 174, 198).

Por si ello fuera poco, la plausibilidad de una interpretación interaccionista de Durkheim -privilegio hasta ahora concedido sólo a Simmel- ya no debería considerarse una posibilidad remota⁸. Y a la inversa, las pulsiones elementales de la vida, y su manifestación colectiva, que hallan en Simmel un teorizador notable en su esfuerzo por explicar cómo se manifiestan en acción e interacción formalizada, como van tomando

⁸ R. Boudon (1979) que encuentra su eco en M. Cherkaoui (2008).

cuerpo –el pensamiento de Simmel es una teoría de la estructuración- encuentran en la concepción durkheimiana de la *effervescence* o de la efervescencia primigenia (y de las situaciones de efervescencia en cualquier sociedad compleja) su más diáfana contrapartida. Hay algo aquí mucho más de lo que el goethiano Simmel llamaría *Wahlverwandschaften*, afinidades electivas.

Por todo ello, a mi juicio, la atribución rutinaria y empobrecedora del epíteto de “sociología formal” para Simmel debería descartarse de una vez. El énfasis simmeliano sobre la distinción kantiana entre forma y contenido –con su raíz en el voluntarismo de Schopenhauer y también en su versión nietzscheana (Simmel, 1940)- no debe condenarlo a tales etiquetas. Si no andamos equivocados el mayor énfasis jamás hecho sobre la permanencia y hasta universalidad de las formas no pertenece a Simmel, sino precisamente a su supuesto rival u oponente metodológico, Emile Durkheim. Algunos consideran *Las formas elementales de la vida religiosa* el más grande, o por lo menos uno de los más grandes tratados de sociología de todos los tiempos. (La *Filosofía del dinero* simmeliana sería otro candidato de igual fuste). Ni estoy tan seguro ni pienso que sea ese el mejor modo de calificar una obra, por señera que sea, pero sí cabe reconocer que la autoridad de quienes tal sostienen es muy sintomática.

III

Estas constataciones sobre los caminos ciertamente divergentes de Simmel y Durkheim en tantas cosas, pero realmente convergentes en aspectos cruciales de sus respectivas empresas, encuentran su colofón en la visión moral compartida, y hasta en su trágico destino personal.

Georg Simmel y Émile Durkheim sabían el uno del otro. Durkheim mismo construyó su sociología de modo pugnaz, a veces hasta abiertamente hostil contra quien osara diferir de él, como es el caso célebre del gran sociólogo Gabriel Tarde. La construyó por exclusiones, de las que pronto no escaparía el mismo Simmel (Deroche-Gurcel, 1997: 5).

Por lo que a éste se refiere, él mismo no supo vislumbrar la convergencia que nosotros sí constatamos. Respetuosamente al principio, pero con agudeza, criticó Durkheim el modo simmeliano de concebir y hacer sociología. Hasta hay quien sostiene que Durkheim censuró durante mucho tiempo la epistemología de Simmel para que no contaminara la suya (Deroche-Gurcel, 1997: 2310). Era de esperar que entendiera sus propios *faits sociaux* como algo incompatible con la distinción simmeliana entre formas y contenidos de la vida social. Una respetable distinción aristotélica y kantiana a la que tal vez conviniera mayor atención por parte de la sociología hoy. Los mismos funcionalistas, con su concepto de *equivalente funcional*, se hacen eco de ella: un forma determinada sustituye a otra para satisfacer una misma necesidad, como ocurre con la religión, el juego, la política: el nacionalismo es una religión, como lo es el deporte, o el partidismo político. Estos cubren algunas de las necesidades del primero.

Que Simmel, además, publicara algunos ensayos en l'*Année Sociologique*, incluido uno en el crucial primer número, parecería decirlo todo a favor de Durkheim. Mas dice menos que modificara el título del ensayo (*Die Selbserhaltung der Gesellschaft*, "El autosostén de la sociedad") por el de "*Comment les formes sociales se maintiennent*", que no es lo mismo, amén de algunos cortes en un texto que era, según él "demasiado largo". Surge así la sopecha de que Durkheim estaba poseído de la convicción y seguridad de que su sociología era *la* sociología y que ello le permitía, a lo sumo, la apertura cortés a cualquier otro esfuerzo, sólo cuando convenía, que no fuera el suyo. Lo cierto es que la distanciación pronto se hizo inevitable y que los historiadores de la disciplina han podido hablar, sin circunloquios, de una verdadera riña (*brouille*) o querrela entre ambos.

Dicho sea a favor del férreo director de l'*Année sociologique*, hoy en día, la apertura de muchas publicaciones a cualquier suerte de aportación se debe más a la confusión e inseguridad reinantes que a la confianza en que nadie pueda tener en la solidez de su propio enfoque. Cuanto mayor es la calidad de nuestra tarea, mayor también es la generosidad ante el trabajo de los demás. Impera en nuestro gremio el eclecticismo y se echa en falta la convicción intelectual que permite la genuina admiración por la buena labor ajena pero la capacidad de seleccionar en ciertos casos lo que es ajeno o incomptable con un propio enfoque epistemológico.

Es preciso no dejarse llevar por el afán por demostrar la convergencia y olvidar así las notables diferencias que hay entre uno y otro filósofo de la sociedad y condición humanas. (Ambos merecen, con creces, el epíteto de filósofos: como mínimo comparten raíces explícitamente filosóficas, generan cuestiones filosóficas y poseen intención asimismo filosófica⁹). A pesar de que Simmel fuera también el autor de un gran tratado sistemático -que además incluía una visión general de la evolución e historia de la raza humana bajo condiciones de civilización- su estilo y enfoque son siempre ensayísticos. Les caracteriza la mirada certera sobre el matiz, la diferencia, la distinción, insuperada hasta hoy en toda la historia de la sociología. No contento con haber consolidado diversos conceptos clave del arsenal conceptual sociológico -como los de subordinación y supraordenación, conflicto, diferenciación, sociación, interacción- Simmel es, además, el *doctor subtilis* de la disciplina. Por antonomasia.

Ser ciencia a medias -desde el punto de vista de quienes confunden ciencia con ciencia natural- tiene sus paradójicas ventajas: en cada aportación del arte sociológica late el carácter y empeño de su autor. El enfoque y estilo de Durkheim son, frente al de Simmel, sistemáticos, rotundos, equilibrados, cartesianos. Mas ello no le impide ser también capaz de la observación más sutil. A guisa de ejemplo, al azar, hay observaciones suyas sobre la cortesía, la *politesse* y los buenos modales que la educación moderna

⁹ Ese fue el argumento nuclear de uno de los pocos trabajos comparativos que poseemos sobre ambos autores, el de Wolff (1958).

inculca, que cualquiera que los leyera desconociendo al autor, atribuiría sin titubear a Simmel (Durkheim, 1938).

Todas estas coincidencias no son fortuitas. No hay misterio en ello, puesto que ambos cultivaron el mismo arte y ciencia: la sociología. Ambos creyeron en su cumulatividad, en su capacidad de progreso.

Más allá del estilo (más) ensayístico del uno y (más) sistemático del otro, Durkheim y Simmel coincidieron además en su visión de la sociología como empeño moral. El último estrenó sus primeras armas con su *Introducción a la ciencia moral, crítica de los conceptos fundamentales de la ética*, su obra significativamente menos conocida (Köhnke, 1996: 167). El primero, más allá de sus aportaciones directas sobre moral, diseñó todo un proyecto moral para la Francia moderna y una sociología de la moral, que habría de provocar críticas notables a diestro y siniestro (Lukes, 1973), mientras él, impertérrito, las iba respondiendo una a una.

De nuevo otra convergencia. A medida que sus obras respectivas iban madurando, el tono de sus respectivos discursos iba evolucionando más hacia una ciencia (sociológica) de la moral que hacia un sistema de ética de principios.

Estos, ciertamente, no les abandonaron nunca. Su mérito es haberlos sostenido en tiempos muy difíciles. (Lo mismo hizo, heroicamente, el viejo Ferdiand Tönnies, nunca se olvide.) El patriotismo de Durkheim fue puesto a prueba con virulencia y maldad por gentes ignorantes que le acusaron de extranjero –de judío alemán- mientras su propio hijo luchaba y moría por Francia en el frente. A él, un forjador de la Francia laica y republicana verdaderamente moderna, a quien se le puede sólo reprochar a veces la identificación del proceso de modernización del mundo con los de su propio país. Por su parte, el patriotismo del cosmopolita Simmel, el más famoso sociólogo de su tiempo, marginado sistemática y cruelmente por la red universitaria antisemita germana, a pesar del apoyo indignado en su amigo y admirador Max Weber, le llevó a acceder a una cátedra algo decente sólo al final de sus días. Por fortuna no pudo presenciar el destino de su propia familia y país a manos de la barbarie nazi.

Vidas como mínimo, como propondría Plutarco, paralelas. Dos sociologías que siguen guiándonos firmemente y por igual hacia el progreso continuo de la ciencia social¹⁰.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BOUDON, R. (1979), *La logique du social*, París, Hachette.

(1995), 'Weber and Durkheim: Beyond the differences', *Revue Int. de Philosophie*, Vol. II, no. 192, pp. 221-239.

CHERKAOUI, M. (2008), *Durkheim and the Puzzle of Social Complexity*, Oxford, Bardwell Press

¹⁰ Una vez completada esta nota descubro un texto que compara Durkheim y Simmel. Se trata de Maffesoli (1988).

- DEROCHE-GURCEL, L. (1997), *Simmel et la modernité*, Paris, Presses Universitaires de France.
- KÖHNKE, K.C. (1996), *Der Junge Simmel*, Frankfurt del Main, Suhrkamp.
- GARCÍA, J.L. (2007), "Cultura y tecnología en Georg Simmel", en O. Sabido (comp.) *Georg Simmel: una revisión contemporánea*, Barcelona, Anthropos y Universidad A. M. de México, pp. 314 y ss.
- GINER, S. (1974), *El progreso de la conciencia sociológica*, Barcelona, Península.
- LUKES, S. (1973), *Emile Durkheim: His Life and Work*, Londres, Allen Lane.
- MAFFESOLI, M. (1988), "Ein Vergleich zwischen Emile Durkheim und Georg Simmel", en O. Rammstedt (ed.), *Simmel und die frühen Soziologen* Francfort del Meno: Suhrkamp, pp. 165-180.
- NISBET, R. (1957), *Sociology as an Art Form*, Londres, Heinemann.
- SIMMEL, G. (1991), *The Philosophy of Money*, Londres y Nueva York, Routledge.
- (1944), *Schopenhauer y Nietzsche*, Buenos Aires, Edición facsimil de la Schapire (traducción de Francisco Ayala).
- SIMMEL, G. y O. VARA (2004), "La fundamental homogeneidad de las teorías monetarias de Georg Simmel y Ludwig von Mises", *Procesos de Mercado*, Vol. I. no. 1, pp. 223-247.
- WEIZBORT, L. (2006) *As Aventuras de Georg Simmel* San Pablo, Brasil, Editora 34.
- WOLFF, K. H. (comp.) (1950), *The Sociology of Georg Simmel*, New York, Free Press.
- VARA, O. (2004), "La fundamental homogeneidad de las teorías monetarias de Georg Simmel y Ludwig von Mises", *Procesos de Mercado*, Vol. I. no. 1, pp. 223-247.
- WOLFF, K. H. "The Challenge of Durkheim and Simmel", (1958) *American Journal of Sociology*, Vol. 63, no. 6, pp. 590-613.

RECIBIDO: 11/06/08
ACEPTADO: 26/06/08